

# Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 7, Diciembre 1998

Una mirada a Israel. La actual encrucijada de Israel

Shlomo Ben-Ami

pp. 99-102

# La actual encrucijada de Israel

Shlomo Ben-Ami

**L**A repetida frase "Israel se encuentra ante una encrucijada", nunca fue tan verdadera como en la actualidad, cuando el país cumple su 50º aniversario. Los peligros lo acechan desde todos los ámbitos: el desafío de la paz o la irrupción de una guerra con los árabes, fruto de una hostilidad que persiste desde generaciones; el paso de una economía "sionista" cerrada a una más libre, con el consecuente debilitamiento acelerado de los soportes de la solidaridad social y la unidad nacional; la necesidad de volver a equilibrar la relación del Estado con el judaísmo de la diáspora; las transformaciones en la estructura institucional, una de cuyas consecuencias es la anulación del rol dominante que han tenido los partidos en el coloquio político; y el pasaje de una nación movilizadora y combativa a una nación pluralista, multicultural y multiétnica, cuya fuerza cohesiva ya no es la amenaza de un enemigo común, sino el papel que cada grupo cumple en la visión del Israel futuro.

Los extraordinarios éxitos de Israel lo constituyen en una de las epopeyas más excitantes del mundo moderno. La nueva nación israelí ha sido integrada por personas provenientes de todo el mundo y motivadas por razones ideológicas, económicas y políticas. Los inmigrantes han llegado de los guetos de Europa Oriental, de las capitales de Europa Occidental, de los barrios judíos de Fez y Marrakech, víctimas y refugiados de comunidades de África del Norte y del Cercano Oriente que se derrumbaron y desmembraron,

fugitivos que huyeron en masas del derrumbe del imperio soviético, sumido en la anarquía social y económica, seres que, como los judíos etíopes, retornaron a sus raíces luego de milenios de aislamiento de las mismas. Prácticamente de la nada, han erigido una economía sobresaliente y se han distinguido en la agricultura y la guerra, dos campos antitéticos al estereotipo histórico del judío, y que se han convertido en expresión del "nuevo individuo" que generó la revolución sionista. Pero, sin duda, el mayor logro de Israel ha sido el renacimiento del idioma hebreo y la gestación de una floreciente cultura israelí. Numerosos de los israelíes que visitan los campos de exterminio de Aushwitz y Maidanek observan con pesadumbre que la capacidad militar y las energías sociales y económicas de Israel llegaron con un atraso de 50 años.

Sin embargo, tal como señalé, los desafíos continúan siendo enormes. Israel aún no tiene derecho a descansar sobre sus laureles: debe escrutar el alma de su colectivo para intentar descifrar los nuevos interrogantes y la crisis parcial en la que el ideal sionista se encuentra sumido.

Israel no está constituido por dos pueblos, sino por numerosos pueblos. La sociedad concebida por los padres fundadores –un crisol en el que se plasma el arquetipo del "sabrá", esa especie de superhombre que conjuga a la perfección al guerrero con el labrador, cuyas manos callosas son más loables que las cualidades espirituales del judío de la diáspora–

es hoy una sociedad cultural y étnicamente plural. La efigie del israelí mítico se ha derrumbado y su pedestal ha sido ocupado por numerosos tipos de israelíes, todos ellos legítimos: judíos y árabes, ortodoxos, religiosos nacionales, tradicionalistas, laicos, además de las etnias "orientales" y "ashquenazíes", y la distinción entre antiguos residentes y nuevos inmigrantes.

El resquebrajamiento de "lo israelí" ha puesto en relieve el desmembramiento de la sociedad en culturas, en diferentes acentos y, fundamentalmente, en enfoques distintos y hasta contradictorios, del carácter del estado judío. No es inusitado que una sociedad

compuesta por inmigrantes se transforme en un mosaico de identidades; los Estados Unidos constituyen un ejemplo palpable de ese proceso. Pero, a diferencia del espíritu norteamericano, configurado como un proyecto de libertad individual que sustenta el ideal del progreso continuo, en una base constitucional sólida, las grietas que están escindiendo cada vez más profundamente a la sociedad israelí,

parecieran indicar que en Israel ya no se está llevando a cabo un proyecto colectivo, en el que participan todos sus habitantes. Tampoco existe un acuerdo respecto de las reglas del juego; es decir, no existe un compromiso sólido con las normas constitucionales. Es así que, 50 años después de su creación, las diferencias entre religiosos y laicos, judíos y árabes, ricos y pobres, centro y periferia, en lugar de haber sido soslayadas, son más destacadas; y ello constituye un intimidante potencial de conflictos que pueden desembocar en violencia.

En una entrevista que concedí a la televisión inmediatamente después de las elecciones, las definí metafóricamente como el triunfo de "Jerusalén" sobre "Tel Aviv"; este es el cauce en el que confluyen todos los conflictos. "Tel Aviv" es la representación actualizada del "israelismo" que, pese a que ya no se identifica con las armas y el arado, prosigue conceptualizando al Estado de Israel como una entidad jurí-

dica y estatal, y esencialmente laica. Ya no es, como en el pasado, una sociedad movilizada por el proyecto pionero, el cual ha sido reemplazado por una pasión por el crecimiento que se expresa en la fe en el potencial de las "autopistas de la información" y la magia de la "aldea global" en la que, inevitablemente, también Madona y McDonalds tienen cabida. Se trata de un Israel ávido de paz y dispuesto a pagar un elevado precio por ella, el precio de la renuncia a aspiraciones territoriales totalizantes del tipo "Israel la Indivisa", así como a posiciones estratégicas en la Meseta del Golán. Su avidez por la instauración de la "normalidad", cualquiera sea su precio, es conside-

rada por la otra Israel, la Israel de "Jerusalén", como un signo de superficialidad, como una carencia de visión histórica y una desvinculación de los lazos de la memoria y tradición judías.

El "Israel de Jerusalén" se define por su pasión por las raíces judías; representa el temor casi atávico al árabe y la proverbial desconfianza al gentil.

La paz a la que

conducía el Partido Laborista suponía para ese Israel no sólo la amenaza de la devolución de los territorios, sino, fundamentalmente, el peligro de la renuncia a la historia, la memoria y la identidad judías. La paz de "Tel Aviv" fue vista como un ataque a la tradición y a las raíces judías; concretamente, a la idiosincrasia judía del Estado. "La paz" adquirió para este sector el significado de un sibirismo propio de los gentiles y de la renuncia a la "espiritualidad" de Israel; se convirtió en un sinónimo de libertinaje y de la cultura del "happening", cuyo líder es Aviv Guefen, sumo sacerdote del pop israelí. Paradójicamente, el asesinato de Rabin debe ser entendido como un intento de matar al sibirismo anti-judío, personificado en Aviv Guefen, con el que Rabin fue asociado a raíz del proceso de paz.

El conjunto de voluntades y temores que representa la identidad de Jerusalén se transformó en fuente de inspiración de grupos étnicos, de la periferia social y diversos tipos de grupos minoritarios. Todo



aquel que no se sobrepuso a su sentimiento de pertenecer a una minoría –sea ésta étnica, cultural o social–, acudió a las elecciones de 1996 para luchar su batalla política decisiva, la cual era, en realidad, la batalla decisiva en la larga guerra de culturas que tenía como meta la deposición de las élites del movimiento obrero en sus diversas manifestaciones.

La guerra de culturas que tiene lugar en Israel en el presente, se refleja también en la creciente rebelión de la periferia social y las minorías, las cuales yerguen sus cabezas con orgullo y disputan con las élites de la izquierda por el derecho a la propiedad del Estado y sus símbolos, tanto en el nivel de valores como en el práctico. Estas élites controlan las universidades, las instituciones de cultura subvencionadas, el sistema judicial –incluyendo la Corte Suprema de Apelaciones–, la industria y el sistema bancario, la administración pública y los altos oficiales del ejército, “cautivos de la izquierda”, el poderoso departamento de presupuestos del Ministerio de Finanzas, el servicio diplomático y los puestos de decisiones estratégicas. Se trata, en suma, de una rebelión de la periferia contra el mismo Estado de Israel.

Identificamos, pues, resquebrajamientos y fisuras por doquier. No obstante, en igual medida hay cabida a una gran esperanza. Las minorías y las periferias no se oponen a la paz. Sus miserias y necesidades culturales y sociales, sus nostalgias a las tradiciones, son angustias auténticas. El problema del futuro de los territorios no ocupa el centro de sus reflexiones; su actitud hacia el tema es un derivado de sus preocupaciones. De ahí que su opinión respecto de los territorios sea un reflejo de su actitud hacia la cultura de las élites, así como de su posición social.

Paradójicamente, la desintegración del sólido núcleo de lo israelí de antaño, lo israelí que suponía una tradición de lucha, de movilización y de pionerismo, su disolución en un espacio de minorías multicolores y multiculturales, constituye una explicación posible, a nivel profundo, de la creciente apertura de la sociedad israelí a la paz y de su disposición a efectuar renuncias que en el pasado eran inadmisibles. Pese a que el conflicto árabe-israelí continúa siendo un tema central, la agenda nacional es en la actualidad incomparablemente más variada. La ideología sionista ya no es más el patrón según el cual las minorías israelíes adecuan su actitud hacia el proceso de paz o hacia su autoidentificación como israelíes.

Los empeños de Israel por lograr la paz no constituyen una novedad. La paz, o “el acuerdo”, o “la solución del problema”, como lo definieron los padres fundadores, es una decisión estratégica del sionismo incipiente. Paz desde una posición de disuasión y fuerza, pero paz. Cabe reiterarlo, la novedad

de los últimos años no es el hecho de que Israel haya llegado a la decisión estratégica de hacer la paz, porque esa decisión ya existía. La novedad es que ahora esa decisión adquiere un matiz social proveniente del hecho de que la sociedad israelí ha dejado de ser una sociedad movilizada en torno a un solo ideal, de que su unidad interna se ha resquebrajado y ha perdido la cultura bélica y la conciencia de baluarte sitiado que eran propias de la joven sociedad israelí. Israel llegó al proceso de paz después de haber conocido las limitaciones de la fuerza. Y, efectivamente, pese a que el centenario enfrentamiento con el mundo árabe nos ha enseñado que nuestra capacidad de autodefensa es nuestra garantía de existencia, en estos años de lucha hemos descubierto las limitaciones de la misma y nos hemos percatado de que ella provoca un desgaste en la capacidad de resistencia de la sociedad israelí, resistencia que disminuye a medida que la prosperidad aumenta.

El conflicto árabe-israelí es largo y profundo. Es una lucha total en torno a la heredad de un territorio y una memoria; una lucha entre imágenes opuestas, la que se infiltró en la literatura, la retórica de la política, la educación y el periodismo, sin dejar un margen legítimo en el que pueda llegarse a un compromiso. Un conflicto de este tipo sólo podrá ver los atisbos de una solución cuando llegue a una especie de “maduración” en los pueblos implicados; y ésta, lastimosamente, es precedida por un trauma nacional que pone al descubierto las limitaciones de la fuerza. Israel se percató de esas limitaciones en los años de la *Intifada*: una potencia militar puede derrotar a otra potencia militar, pero no puede causar la total destrucción o capitulación política de un pueblo en rebelión. Ello es aún menos plausible si el ejército de ocupación pertenece a un país democrático.

Debe decirse, en honor a la verdad, que la teoría de defensa de Israel nunca se basó en el presupuesto de que era posible someter al mundo árabe. Quienes plasmaron la estrategia de seguridad de Israel fueron siempre conscientes de que su capacidad bélica estaba limitada por su pequeñez geográfica y demográfica. De ahí que el objetivo constante de las guerras de Israel fuera salvaguardar su existencia. Nuestra inferioridad numérica y las restricciones impuestas por la economía y la política han determinado, y siguen determinando, que nos sea prácticamente imposible doblegar y someter a nuestros enemigos de forma absoluta y permanente. Sin embargo, una derrota de ese tipo es vista por la otra parte como una opción factible. Es por ello que la seguridad de Israel fue fundamentada en la premisa de un estado de hostilidad prolongado, en el que es necesario triunfar en todas las batallas; pues, si bien para nuestros enemigos las derrotas no son decisivas, para nosotros una sola lo es. Asimismo, éramos conscientes de que las conse-

cuencias de la guerra debían ilustrar de manera palpable lo insensato de la misma, sin por ello descuidar el celoso cumplimiento de los principios éticos que impiden la ejecución de actos que despiertan el odio y obstaculizan el diálogo posterior a la guerra. Toda guerra debía finalizar dejando en nuestras manos logros territoriales, cuya sola función en las futuras negociaciones de paz debía ser el constituir cartas a nuestro favor.

En el centenario del Sionismo, fueron muchas las personas que le agregaron comillas al término. Personalmente, estoy convencido de que el Sionismo no ha perdido su total pertinencia respecto del pueblo judío en Israel y el mundo. El Sionismo sólo cambia de atuendos y presenta desafíos renovados. Ninguna idea revolucionaria en la historia, ya sea nacional o social –y el Sionismo fue ambas al mismo tiempo–, ha sido refractaria a cambios en énfasis y contenidos. El Sionismo de 1897 no es el de 1947, y éste no es el de 1977. La clave se encuentra en identificar los nuevos desafíos que llenarán de contenido a la idea nacional judía, tal como se manifiesta en Israel hoy, en los umbrales del tercer milenio y al cabo del quincuagésimo aniversario del establecimiento del Estado. Y lo mismo puede decirse respecto del judaísmo de la diáspora.

La esencia de la idea sionista es el sueño del retorno a Sión como corolario de la negación de la diáspora. Esta idea sionista continuará siendo relevante siempre y cuando insuflamos en ella nuevas energías. Así por ejemplo, considero que el Sionismo del 2000 es dedicarse al proceso de absorción de los grupos de inmigrantes que integran la periferia social; es ocuparse de los últimos recursos territoriales que nos quedan y de la región del Neguev. El Neguev, y no las zonas de Judea y Samaria, ocupadas en su mayoría por otro pueblo, constituye la reserva territorial de la visión sionista renovada. Sionismo es el rejuvenecimiento vital de grupos sociales que son indiferentes a los valores que están en juego; Sionismo es la formulación de nuevas utopías sociales basadas en principios comunitarios y solidarios; Sionismo es el esfuerzo por crear una cultura israelí que otorgue autonomía a las tradiciones del judaísmo y de sus grupos étnicos –recordemos que ésta no fue la concepción sionista de 1948–, identificando los denominadores comunes a los valores democráticos y a los símbolos de la soberanía israelí; Sionismo es descubrir que entre el estado judío y los principios del estado existe un compromiso común a todos sus ciudadanos, en el cual sus derechos –tanto de los judíos como de los árabes– son igualitarios, independientemente de sus obligaciones. Sionismo es la lucha constante en pro de lo singular y lo distintivo.

Asimismo, aún no han sido dilucidadas las cuestiones que Herzl planteó en su visión del carácter civil

del estado judío. Herzl creyó que, como lo ha definido Ajad HaAm, Israel sería un estado con religión nacional pero sin nacionalidad religiosa, porque de lo contrario se transformaría en un país nacionalista, radical y militarista, en un país de conflictos y luchas en el que el sueño sionista se trocaría en un mesianismo destructivo. Viendo en el extremismo religioso uno de los peligros más grandes para la existencia del estado, Herzl se preocupó especialmente de evitar esa tendencia. Cinco años después del Congreso de Basilea, Lord Rotschild ridiculizó la visión de Herzl en una dura carta que le envió. En ella prevenía que la creación de un estado judío finalizaría por ser un gueto judío de extremistas. Desde la perspectiva actual, hay quienes piensan que ese temor no era en absoluto exagerado.

El estado judío se debate entre la fuerza de atracción de la modernidad y la apertura, por un lado, y el creciente poder de la respuesta religiosa, por el otro. Aunque Israel no es un estado de la Halajá –la preceptiva religiosa–, es indudable que los límites del estado moderno, dentro del que coexisten diversas formas de vida, se están reduciendo. La estrechez mental de los líderes, las enfermedades crónicas del sistema político y el distanciamiento del pueblo y de la comunidad que manifiestan las elites, generan abismos que permiten y estimulan la actividad de los sectores ortodoxos radicales y el incremento del extremismo.

El Sionismo es atacado tanto por el Ultra-Sionismo como por el Post-Sionismo. Tal vez la multiplicación de dudas no provoque la desaparición de civilizaciones, pero el escepticismo post-sionista no coadyuva a su mantenimiento pues, por su instinto de desintegración, no constituye ni una plataforma ni un programa de trabajo. Nuestra cohesión social alrededor de valores de solidaridad consensuales se encuentra en peligro, por lo que debemos reconstruir entre todos el ardor pionero y el compromiso social, aun si ello requiere investirlos de nuevos contenidos.

Si bien la profecía del Tercer Templo es anterior a Herzl, fue él quien le infundió su dimensión política y su legitimidad civil a nivel internacional. Hoy, al ver cómo el difícil proceso de reconciliación con el mundo árabe es desplazado por la agudización de la situación de conflicto y el sentimiento de desesperación, y al oír que Benyamin Netaniahu, en un programático discurso que pronunció en la Academia de Seguridad Nacional, propone retroceder a esa edad de piedra que es la guerra fría, es más importante que nunca restituir al Sionismo la capacidad visionaria que fuera su aliento vital. Lo que era verdad en los días de Herzl, sigue siéndolo en el presente: “Un pueblo sin profecía se pierde en el camino”.